OPINIÓN

> OPINIÓN // EL TORO DE LA VEGA

● Los autores expresan su punto de vista, uno contrario y otro favorable, al Toro de la Vega que cada mes de septiembre tiene lugar en la localidad vallisoletana de Tordesillas y que genera una gran controversia.

EN CONTRA

Hemos acabado con el Toro de la Vega

LAURA DUARTE

Lo hemos conseguido. Definitivamente, el Toro de la Vega ya es historia. La presión de la sociedad y el rechazo unánime han obligado a los políticos a poner fin al linchamiento público de un toro, acribillado por hombres armados con lanzas. La fuerza de la ciudadanía ha triunfado frente al fanatismo.

Que este hipotético relato pueda convertirse en un hecho, depende de nosotros mismos como ciudadanos. Los políticos que tienen en su mano acabar con el Toro de la Vega, lo harán si no les dejamos otra opción. Si son dignos de su cargo y escuchan la opinión unánime de la sociedad española.

Somos una mayoría de personas compasivas, justas, con valores morales, frente a un puñado de fanáticos que siguen defendiendo una reminiscencia del pasado, una lacra para la imagen de nuestro país. Debemos ejercer nuestra responsabilidad como ciudadanos conscientes y concienciados contra el maltrato a los animales para que este festejo pase a la historia.

Llevamos años luchando por esta victoria, apelando a la compasión, a la lógica y al sentido común. Hemos denunciado las irregularidades legales del festejo, nos hemos querellado contra el delegado territorial de la Junta de Castilla y León en Valladolid, y hemos iniciado varios contenciosos, llegando a conseguir sanciones para los participantes en el torneo.

Personas reconocidas y famosas han apoyado públicamente la campaña que desde PACMA lanzamos en 2011, pidiendo a la sociedad que rompiera una lanza por el fin del Toro de la Vega.

Si cada mes de septiembre Tordesillas es noticia, es debido a que todos los medios de comunicación han denunciado la crueldad y el ensañamiento injustificable de este festejo. Se han hecho eco de las imágenes de la muerte del toro que los propios participantes nos impedían conseguir de forma abierta, sabedores del rechazo social que causarían. Esas imágenes han dado la vuelta al mundo y han indignado a los ciudadanos dentro y fuera de España.

Incluso parte de los políticos del PSOE y del PP, culpables de que se celebre el Toro de la Vega, no han sido capaces de defenderlo públicamente, a pesar de que el alcalde de Tordesillas sea socialista y la Junta de Castilla y León esté gobernada con mayoría absoluta por el Partido Popular.

Tordesillas se ha convertido durante años en el epicentro del maltrato animal en España. El Toro de la Vega ha sido el símbolo más clamoroso de la crueldad hacia los animales. Un pueblo con una historia referente del pasado en España y una belleza cultural envidiable, ha de ser capaz de reconstruir su propia identidad y lograr que el nombre de esta villa deje de asociarse a la vergüenza que supone para España y para los propios tordesillanos.

Si ponemos fin a esta lacra, Tordesillas simbolizará el principio del fin del maltrato hacia los animales, del avance hacia una sociedad más justa, del triunfo de la razón frente a la barbarie.

La lucha, la constancia y el objetivo férreo de acabar con el Toro de la Vega, serán determinantes para conseguirlo. Hace unos años, cuando PACMA inició su campaña contra el Toro de la Vega, teníamos claro que Rodanero, Olvidado, Rompesueños, Jaquerito, Valentón, Moscatel, Platanito, Afligido y Volante -todos los que han muerto en los años siguientes- serían las últimas víctimas de este festejo bárbaro. Sabemos que un día, alguno de ellos ostentará el dudoso honor de ser el último Toro de la Vega.



El toro 'Vulcano'. / EL MUNDO

Han muerto cientos de toros en Tordesillas. Y muchos seguirán haciéndolo en otros tantísimos lugares en España. Pero estamos seguros de que cuando lo consigamos, cuando el Toro de la Vega se acabe, esa pequeña gran victoria marcará un antes y un después para los animales en nuestro país. Esta lucha de años servirá para cambiar otras historias.

Si nos unimos y, de forma unánime, reclamamos todo esto el próximo 14 de septiembre, en la manifestación que PACMA ha convocado en Madrid, a los representantes políticos que permiten el Toro de la Vega no les quedará otra opción que poner punto y final a todo este sinsentido. Tomar partido por los animales habrá sido la mejor decisión.

Laura Duarte es portavoz del Partido Animalista - PACMA.

A FAVOR

Libertad y verdad, o por qué un filósofo quiere defender el Toro de la Vega

MIGUEL ÁNGEL QUINTANA PAZ

Creo que no es difícil convenir en que hay dos cosas que hacen furor en nuestra sociedad: ponernos a opinar todos de todo y ponernos a prohibir todo aquello que no nos guste. A cualquier filósofo le apasionarán ambos asuntos, pues tienen que ver con dos valores para nosotros capitales: la verdad y la libertad. Valores demasiado relevantes para pensar sobre ellos solo en abstracto; por ello en mi caso, lo confieso, siento una irresistible atracción por aquellas ocasiones en que a la gente le encanta hablar sin saber y aquellas otras en que otra gente (o, a menudo, la misma gente) le encanta ponerse a prohibir cosas a los demás, sin que a ellas les atañe un comino.

Ese es el motivo por el que, sin ser muy taurino yo (creo que habré asistido en toda mi vida a dos o tres corridas de toros), me sentí muy atraído en cuanto que supe de su existencia por el rito secular de Tordesillas conocido como el toro de la vega. Pues en cuanto que me informé un poco sobre él constaté entusiasmado dos cosas.

La primera, que la inmensa mayoría de lo que cuentan sobre él en los medios de comunicación es erróneo, cuando no interesadamente manipulado. Creo que que mi manipulación favorita fue la de un pie de foto del diario *El País*, hace unos años, en que bajo la imagen de un toro que embestía a un todoterreno de la Guardia Civil se «explicaba» que el astado estaba buscando protección bajo el cobijo de la Benemérita. (Es muy divertido tenerle que explicar a ciertos periodistas que no, que un toro no sabe quiénes son y cuál es la función de protección civil de unos guardias y que no, que embestir un coche no es una buena manera de aproximarte a un vehículo de tan honroso cuerpo policial).

En cuanto a las falsedades, han resultado aún más clamorosas: en el intento periodístico de contar a la gente una cosa distinta de lo que de veras ocurre cada año, desde hace siglos, en Tordesillas es habitual leer o escuchar idioteces fácilmente comprobables como que «miles de lanceros» acuden a la vega (en realidad suelen ser poco más de dos docenas; el resto son espectadores -y cada año más, por cierto: parece una fiesta con mucho futuro-); que todos ellos alancean al toro (en realidad solo lo hace uno, pues el primero que le toca debe ser el único que arrostre la batalla con él, a solas, hasta el final); que al toro se le somete a una tortura (cuando en realidad lo propio de la definición de tortura es no dar opción de defensa a la víctima, y hasta un niño sabe que un toro posee dos muy visibles defensas en su cabeza, también denominadas cuernos); que el toro va a una muerte segura (cuando en realidad, si escapa del perímetro del pinar, a cuyo arenoso terreno está adaptada su pezuña -no nuestros pies humanos-, salva su vida, opción que no se le da a los miles de animales que se matan en mataderos cotidianamente); que los participantes exhiben ojos sanguinolentos por su infinita crueldad (cuando en realidad la lucha es noble ante un émulo animal al que se respeta y trata como lo que es: una especie hecha para luchar, no para acariciarlo como a un peluche); y que está muy mal matar toros por diversión (cuando en realidad aquello no es un pasatiempo ni «divertido» -si así fuera, se repetiría cada «finde»-, sino un combate muy serio al que no se da opción a los citados millares de animales que nos comemos cada día porque se les mató en un matadero).

Mi segunda constatación gozosa sobre el toro de la vega fue que era de esos asuntos en que un montón de gente está muy empeñada en prohibirle a otra que hagan lo que desean hacer. Entiéndaseme bien: por supuesto las leyes tienen derecho a prohibirnos a unos seres humanos que atentemos contra otros: ahí las leyes no solo no dañan, sino que justo protegen la libertad (gracias a que hay una ley contra el asesinato, por ejemplo, yo puedo sentirme más libre por la calle -y eso a pesar, también por ejemplo, de que algunos antitaurinos te lanzan enseguida amenazas atroces cuando observan que no estás de acuerdo con ellos-). Ahora bien, para prohibir que se hagan cosas que no dañan a nadie siempre he pensando que hay que tenerle muy cogido el gusto a eso de prohibir. En democracia, no basta con que a mí me disguste algo para prohibirlo: debo demostrar que atenta contra los derechos de otra persona. Mas en el caso del toro de la vega parece abundante el número de estos prohibidores entusiastas que te prohiben una cosa solo porque a ellos no les gusta, aunque no atente contra ninguna persona y, quien no quiera verlo o participar en ello porque toca su sensibilidad, sea plenamente libre de no hacerlo.

Hay que reconocer que algunos de estos prohibidores entusiastas son sin embargo coherentes: quieren que se reconozca a lo toros igual derecho que a las personas. Y que, por lo tanto, no podamos matar ni a unos ni a otras (ni a corderos, cerdos, conejos, almejas...) y mucho menos para comérnoslos (qué asco, el canibalismo hacia nuestros iguales). Ahora bien, la mayoría de la gente estamos lejos de llegar a esos extremos. Y, por lo tanto, a aquellos pocos que vienen a querer prohibirnos comer carne y todo tipo de sacrificio animal (que es a lo que en realidad aspiran las asociaciones y partidos antitaurinos españoles, no lo olvidemos: basta darse una vuelta por sus páginas web) habría que contemplarles con no más de cierta distraída atención mientras gustamos pacientemente del jamón ibérico que la mayoría no estamos dispuestos a dejarles que nos prohiban, por mucho que ellos, ayunos de los placeres de la carne, acaso pretendan sustituirlos por el placer de prohibir.

Miguel Ángel Quintana Paz es Profesor universitario de Ética; Junta Directiva de la Asociación Española de Ética y Filosofía Política.